

# ERIC HOBSBAWM



LA ERA DE LA  
REVOLUCIÓN

(1789-1848)

.....

LA ERA DEL  
CAPITAL

(1848-1875)

.....

LA ERA DEL  
IMPERIO

(1875-1914)



HISTORIA DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

ERIC HOBSBAWM

LA ERA DE LA REVOLUCIÓN  
1789-1848

LA ERA DEL CAPITAL  
1848-1875

LA ERA DEL IMPERIO  
1875-1914

Traducción castellana de  
Felipe Ximénez de Sandoval, Ángel García Auxà,  
Carlo A. Caranci y Juan Faci Lacasta

CRÍTICA  
BARCELONA

*La era de la revolución*, primera edición: noviembre de 1997

*La era del capital*, primera edición: marzo de 1998

*La era del imperio*, primera edición: octubre 1998

Primera edición en un solo volumen: noviembre de 2012

Primera edición en rústica: abril de 2014

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Títulos originales:

*The Age of the Revolution. Europe 1789-1848*

Weidenfeld and Nicholson, Londres

© 1962, Eric J. Hobsbawm

© 1997 de la traducción, Felipe Ximénez de Sandoval

*The Age of Capital, 1848-1875*

Weidenfeld and Nicholson, Londres

© 1975, Eric J. Hobsbawm

© 1998 de la traducción, Ángel García Fluixà y Carlo A. Caranci

*The Age of Empire, 1875-1914*

Weidenfeld and Nicholson, Londres

© 1987, Eric J. Hobsbawm

© 1998 de la traducción, Juan José Faci Lacasta

© del diseño de la portada, Compañía, 2012

© Editorial Planeta S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-699-6

Depósito legal: B. 4970 - 2014

2014. Impreso y encuadernado en España por Book Print

LA ERA DE LA REVOLUCIÓN  
1789-1848

# 1. EL MUNDO EN 1780-1790

Le dix-huitième siècle doit être mis au Panthéon.

SAINT-JUST<sup>1</sup>

## I

Lo primero que debemos observar acerca del mundo de 1780-1790 es que era a la vez mucho más pequeño y mucho más grande que el nuestro. Era mucho más pequeño geográficamente, porque incluso los hombres más cultos y mejor informados que entonces vivían —por ejemplo, el sabio y viajero Alexander von Humboldt (1769-1859)— sólo conocían algunas partes habitadas del globo. (Los «mundos conocidos» de otras comunidades menos expansionistas y avanzadas científicamente que las de la Europa occidental eran todavía más pequeños, reducidos incluso a los pequeños segmentos de la tierra dentro de los que el analfabeto campesino de Sicilia o el cultivador de las colinas birmanas vivía su vida y más allá de los cuales todo era y sería siempre absolutamente desconocido.) Gran parte de la superficie de los océanos, por no decir toda, ya había sido explorada y consignada en los mapas gracias a la notable competencia de los navegantes del siglo XVIII, como James Cook, aunque el conocimiento humano del lecho de los mares seguiría siendo insignificante hasta mediados del siglo XX. Los principales contornos de los continentes y las islas eran conocidos, aunque no con la seguridad de hoy. La extensión y altura de las cadenas montañosas europeas eran conocidas con relativa exactitud, pero las de América Latina lo eran escasamente y sólo en algunas partes, las de Asia apenas y las de África (con excepción del Atlas), eran totalmente ignoradas a fines prácticos. Excepto los de China y la India, el curso de los grandes ríos del mundo era desconocido para todos, salvo para algunos cazadores de Siberia y madereros norteamericanos, que conocían o podían conocer los de sus regiones. Fuera de unas escasas áreas —en algunos continentes no alcanzaban más que unas cuantas millas al interior desde la costa—, el mapa del mundo consistía en espacios blancos cruzados por las pistas marcadas por los mercaderes o los exploradores. Pero por las burdas informaciones de segunda o tercera mano recogidas por los viajeros o funcio-

narios en los remotos puestos avanzados, esos espacios blancos habrían sido incluso mucho más vastos de lo que en realidad eran.

No solamente el «mundo conocido» era más pequeño, sino también el mundo real, al menos en términos humanos. Por no existir censos y empadronamientos con finalidad práctica, todos los cálculos demográficos son puras conjeturas, pero es evidente que la tierra tenía sólo una fracción de la población de hoy; probablemente, no más de un tercio. Si es creencia general que Asia y África tenían una mayor proporción de habitantes que hoy, la de Europa, con unos 187 millones en 1800 (frente a unos 600 millones hoy), era más pequeña, y mucho más pequeña aún la del continente americano. Aproximadamente, en 1800, dos de cada tres pobladores del planeta eran asiáticos, uno de cada cinco europeo, uno de cada diez africano y uno de cada treinta y tres americano y oceánico. Es evidente que esta población mucho menor estaba mucho más esparcida por la superficie del globo, salvo quizá en ciertas pequeñas regiones de agricultura intensiva o elevada concentración urbana, como algunas zonas de China, la India y la Europa central y occidental, en donde existían densidades comparables a las de los tiempos modernos. Si la población era más pequeña, también lo era el área de asentamiento posible del hombre. Las condiciones climatológicas (probablemente algo más frías y más húmedas que las de hoy, aunque no tanto como durante el período de la «pequeña edad del hielo», entre 1300 y 1700) hicieron retroceder los límites habitables en el Ártico. Enfermedades endémicas, como el paludismo, mantenían deshabitadas muchas zonas, como las de Italia meridional, en donde las llanuras del litoral sólo se irían poblando poco a poco a lo largo del siglo XIX. Las formas primitivas de la economía, sobre todo la caza y (en Europa) la extensión territorial de la trashumancia de los ganados, impidieron los grandes establecimientos en regiones enteras, como, por ejemplo, las llanuras de la Apulia; los dibujos y grabados de los primeros turistas del siglo XIX nos han familiarizado con paisajes de la campiña romana: grandes extensiones palúdicas desiertas, escaso ganado y bandidos pintorescos. Y, desde luego, muchas tierras que después se han sometido al arado eran yermos incultos, marismas, pastizales o bosques.

También la humanidad era más pequeña en un tercer aspecto: los europeos, en su conjunto, eran más bajos y más delgados que ahora. Tomemos un ejemplo de las abundantes estadísticas sobre las condiciones físicas de los reclutas en las que se basan estas consideraciones: en un cantón de la costa ligure, el 72 por 100 de los reclutas en 1792-1799 tenían menos de 1,50 metros de estatura.<sup>2</sup> Esto no quiere decir que los hombres de finales del siglo XVIII fueran más frágiles que los de hoy. Los flacos y desmedrados soldados de la Revolución francesa demostraron una resistencia física sólo igualada en nuestros días por las ligerísimas guerrillas de montaña en las guerras coloniales. Marchas de una semana, con un promedio de cincuenta kilómetros diarios y cargados con todo el equipo militar, eran frecuentes en aquellas tropas. No obstante, sigue siendo cierto que la constitución física humana era muy pobre en relación con la actual, como lo indica la excepcional importancia

que los reyes y los generales concedían a los «mozos altos», que formaban los regimientos de elite, guardia real, coraceros, etc.

Pero si en muchos aspectos el mundo era más pequeño, la dificultad e incertidumbre de las comunicaciones lo hacía en la práctica mucho mayor que hoy. No quiero exagerar estas dificultades. La segunda mitad del siglo XVIII fue, respecto a la Edad Media y los siglos XVI y XVII, una era de abundantes y rápidas comunicaciones, e incluso antes de la revolución del ferrocarril, el aumento y mejora de caminos, vehículos de tiro y servicios postales es muy notable. Entre 1760 y el final del siglo, el viaje de Londres a Glasgow se acortó, de diez o doce días, a sesenta y dos horas. El sistema de *mail-coaches* o diligencias, instituido en la segunda mitad del siglo XVIII y ampliadísimo entre el final de las guerras napoleónicas y el advenimiento del ferrocarril, proporcionó no solamente una relativa velocidad —el servicio postal desde París a Estrasburgo empleaba treinta y seis horas en 1833—, sino también regularidad. Pero las posibilidades para el transporte de viajeros por tierra eran escasas, y el transporte de mercancías era a la vez lento y carísimo. Los gobernantes y grandes comerciantes no estaban aislados unos de otros: se estima que veinte millones de cartas pasaron por los correos ingleses al principio de las guerras con Bonaparte (al final de la época que estudiamos serían diez veces más); pero para la mayor parte de los habitantes del mundo, las cartas eran algo inusitado y no podían leer o viajar —excepto tal vez a las ferias y mercados— fuera de lo corriente. Si tenían que desplazarse o enviar mercancías, habían de hacerlo a pie o utilizando lentísimos carros, que todavía en las primeras décadas del siglo XIX transportaban cinco sextas partes de las mercancías francesas a menos de 40 kilómetros por día. Los correos diplomáticos volaban a través de largas distancias con su correspondencia oficial; los postillones conducían las diligencias sacudiendo los huesos de una docena de viajeros o, si iban equipadas con la nueva suspensión de cueros, haciéndoles padecer las torturas del mareo. Los nobles viajaban en sus carrozas particulares. Pero para la mayor parte del mundo la velocidad del carretero caminando al lado de su caballo o su mula imperaba en el transporte por tierra.

En estas circunstancias, el transporte por medio acuático era no sólo más fácil y barato, sino también a menudo más rápido si los vientos y el tiempo eran favorables. Durante su viaje por Italia, Goethe empleó cuatro y tres días, respectivamente, en ir y volver navegando de Nápoles a Sicilia. ¿Cuánto tiempo habría tardado en recorrer la misma distancia por tierra con muchísima menos comodidad? Vivir cerca de un puerto era vivir cerca del mundo. Realmente, Londres estaba más cerca de Plymouth o de Leith que de los pueblos de Breckland en Norfolk; Sevilla era más accesible desde Veracruz que desde Valladolid, y Hamburgo desde Bahía que desde el interior de Pomerania. El mayor inconveniente del transporte acuático era su intermitencia. Hasta 1820, los correos de Londres a Hamburgo y Holanda sólo se hacían dos veces a la semana; los de Suecia y Portugal, una vez por semana, y los de Norteamérica, una vez al mes. A pesar de ello no cabe duda de que Nueva York y Boston estaban en contacto mucho más estrecho que, digamos, el

condado de Maramaros, en los Cárpatos, con Budapest. También era más fácil transportar hombres y mercancías en cantidad sobre la vasta extensión de los océanos —por ejemplo, en cinco años (1769-1774) salieron de los puertos del norte de Irlanda 44.000 personas para América, mientras sólo salieron cinco mil para Dundee en tres generaciones— y unir capitales distantes que la ciudad y el campo del mismo país. La noticia de la caída de la Bastilla tardó trece días en llegar a Madrid, y, en cambio, no se recibió en Péronne, distante sólo de París 133 kilómetros, hasta el 28 de julio.

Por todo ello, el mundo de 1789 era incalculablemente vasto para la casi totalidad de sus habitantes. La mayor parte de éstos, de no verse desplazados por algún terrible acontecimiento o el servicio militar, vivían y morían en la región, y con frecuencia en la parroquia de su nacimiento: hasta 1861 más de nueve personas por cada diez en setenta de los noventa departamentos franceses vivían en el departamento en que nacieron. El resto del globo era asunto de los agentes de gobierno y materia de rumor. No había periódicos, salvo para un escaso número de lectores de las clases media y alta —la tirada corriente de un periódico francés era de 5.000 ejemplares en 1814—, y en todo caso muchos no sabían leer. Las noticias eran difundidas por los viajeros y el sector móvil de la población: mercaderes y buhoneros, viajeros, artesanos y trabajadores de la tierra sometidos a la migración de la siega o la vendimia, la amplia y variada población vagabunda, que comprendía desde frailes mendicantes o peregrinos hasta contrabandistas, bandoleros, salteadores, gitanos y titiriteros y, desde luego, a través de los soldados que caían sobre las poblaciones en tiempos de guerra o las guarnecían en tiempos de paz. Naturalmente, también llegaban las noticias por las vías oficiales del Estado o la Iglesia. Pero incluso la mayor parte de los agentes de uno y otra eran personas de la localidad elegidas para prestar en ella un servicio vitalicio. Aparte de en las colonias, el funcionario nombrado por el gobierno central y enviado a una serie de puestos provinciales sucesivos, casi no existía todavía. De todos los empleados del Estado, quizá sólo los militares de carrera podían esperar vivir una vida un poco errante, de la que sólo les consolaba la variedad de vinos, mujeres y caballos de su país.

## II

El mundo de 1789 era preponderantemente rural y no puede comprenderse si no nos damos cuenta exacta de este hecho. En países como Rusia, Escandinavia o los Balcanes, en donde la ciudad no había florecido demasiado, del 90 al 97 por 100 de la población era campesina. Incluso en regiones con fuerte, aunque decaída, tradición urbana, el tanto por ciento rural o agrícola era altísimo: el 85 en Lombardía, del 72 al 80 en Venecia, más del 90 en Calabria y Lucania, según datos dignos de crédito.<sup>3</sup> De hecho, fuera de algunas florecientes zonas industriales o comerciales, difícilmente encontraríamos un gran país europeo en el que por lo menos cuatro de cada cinco de sus habitan-



tes no fueran campesinos. Hasta en la propia Inglaterra, la población urbana sólo superó por primera vez a la rural en 1851. La palabra «urbana» es ambigua, desde luego. Comprende a las dos ciudades europeas que en 1789 podían ser llamadas verdaderamente grandes por el número de sus habitantes: Londres, con casi un millón; París, con casi medio, y algunas otras con cien mil más o menos: dos en Francia, dos en Alemania, quizá cuatro en España, quizá cinco en Italia (el Mediterráneo era tradicionalmente la patria de las ciudades), dos en Rusia y una en Portugal, Polonia, Holanda, Austria, Irlanda, Escocia y la Turquía europea. Pero también incluye la multitud de pequeñas ciudades provincianas en las que vivían realmente la mayor parte de sus habitantes: ciudades en las que un hombre podía trasladarse en cinco minutos desde la catedral, rodeada de edificios públicos y casas de personajes, al campo. Del 19 por 100 de los austríacos que todavía al final de nuestro período (1834) vivían en ciudades, más de las tres cuartas partes residían en poblaciones de menos de 20.000 habitantes, y casi la mitad en pueblos de dos mil a cinco mil habitantes. Éstas eran las ciudades a través de las cuales los jornaleros franceses hacían su vuelta a Francia; en cuyos perfiles del siglo XVI, conservados intactos por la paralización de los siglos, los poetas románticos alemanes se inspiraban sobre el telón de fondo de sus tranquilos paisajes; por encima de las cuales despuntaban las catedrales españolas; entre cuyo polvo los judíos hasidíes veneraban a sus rabinos, obradores de milagros, y los judíos ortodoxos discutían las sutilezas divinas de la ley; a las que el inspector general de Gógol llegaba para aterrorizar a los ricos y Chichikov, para estudiar la compra de las almas muertas. Pero éstas eran también las ciudades de las que los jóvenes ambiciosos salían para hacer revoluciones, millones o ambas cosas a la vez. Robespierre salió de Arras; Gracchus Babeuf, de San Quintín; Napoleón Bonaparte, de Ajaccio.

Estas ciudades provincianas no eran menos urbanas por ser pequeñas. Los verdaderos ciudadanos miraban por encima del hombro al campo circundante con el desprecio que el vivo y sabihondo siente por el fuerte, el lento, el ignorante y el estúpido. (No obstante, el nivel de cultura de los habitantes de estas adormecidas ciudades campesinas no era como para vanagloriarse: las comedias populares alemanas ridiculizan tan cruelmente a las *Kraehwinkel*, o pequeñas municipalidades, como a los más zafios patanes.) La línea fronteriza entre ciudad y campo, o, mejor dicho, entre ocupaciones urbanas y ocupaciones rurales, era rígida. En muchos países la barrera de los consumos, y a veces hasta la vieja línea de la muralla, dividía a ambas. En casos extremos, como en Prusia, el gobierno, deseoso de conservar a sus ciudadanos contribuyentes bajo su propia supervisión, procuraba una total separación de las actividades urbanas y rurales. Pero aun en donde no existía esa rígida división administrativa, los ciudadanos eran a menudo físicamente distintos de los campesinos. En una vasta extensión de la Europa oriental había islotes germánicos, judíos o italianos en lagos eslavos, magiares o rumanos. Incluso los ciudadanos de la misma nacionalidad y religión parecían distintos de los campesinos de los contornos: vestían otros trajes y realmente en muchos ca-

sos (excepto en la explotada población obrera y artesana del interior) eran más altos, aunque quizá también más delgados.<sup>4</sup> Ciertamente se enorgullecían de tener más agilidad mental y más cultura, y tal vez la tuvieran. No obstante, en su manera de vivir eran casi tan ignorantes de lo que ocurría fuera de su ciudad y estaban casi tan encerrados en ella como los aldeanos en sus aldeas.

Sin embargo, la ciudad provinciana pertenecía esencialmente a la economía y a la sociedad de la comarca. Vivía a expensas de los aldeanos de las cercanías y (con raras excepciones) casi como ellos. Sus clases media y profesional eran los traficantes en cereales y ganado; los transformadores de los productos agrícolas; los abogados y notarios que llevaban los asuntos de los grandes propietarios y los interminables litigios que forman parte de la posesión y explotación de la tierra; los mercaderes que adquirían y revendían el trabajo de las hilanderas, tejedoras y encajeras de las aldeas; los más respetables representantes del gobierno, el señor o la Iglesia. Sus artesanos y tenderos abastecían a los campesinos y a los ciudadanos que vivían del campo. La ciudad provinciana había declinado tristemente desde sus días gloriosos de la Edad Media. Ya no eran como antaño «ciudades libres» o «ciudades-Estado», sino rara vez un centro de manufacturas para un mercado más amplio o un puesto estratégico para el comercio internacional. A medida que declinaba, se aferraba con obstinación al monopolio de su mercado, que defendía contra todos los competidores: gran parte del provincianismo del que se burlaban los jóvenes radicales y los negociantes de las grandes ciudades procedía de ese movimiento de autodefensa económica. En la Europa meridional, gran parte de la nobleza vivía en ellas de las rentas de sus fincas. En Alemania, las burocracias de los innumerables principados —que apenas eran más que inmensas fincas— satisfacían los caprichos y deseos de sus serenísimos señores con las rentas obtenidas de un campesinado sumiso y respetuoso. La ciudad provinciana de finales del siglo XVIII pudo ser una comunidad próspera y expansiva, como todavía atestiguan en algunas partes de Europa occidental sus conjuntos de piedra de un modesto estilo neoclásico o rococó. Pero toda esa prosperidad y expansión procedía del campo.

### III

El problema agrario era por eso fundamental en el mundo de 1789, y es fácil comprender por qué la primera escuela sistemática de economistas continentales —los fisiócratas franceses— consideraron indiscutible que la tierra, y la renta de la tierra, eran la única fuente de ingresos. Y que el eje del problema agrario era la relación entre quienes poseen la tierra y quienes la cultivan, entre los que producen su riqueza y los que la acumulan.

Desde el punto de vista de las relaciones de la propiedad agraria, podemos dividir Europa —o más bien al complejo económico cuyo centro radica en la Europa occidental— en tres grandes sectores. Al oeste de Europa esta-

ban las colonias ultramarinas. En ellas, con la notable excepción de los Estados Unidos de América del Norte y algunos pocos territorios menos importantes de cultivo independiente, el cultivador típico era el indio, que trabajaba como un labrador forzado o un virtual siervo, o el negro, que trabajaba como esclavo; menos frecuente era el arrendatario que cultivaba la tierra personalmente. (En las colonias de las Indias Orientales, donde el cultivo directo por los plantadores europeos era rarísimo, la forma típica obligatoria impuesta por los poseedores de la tierra era la entrega forzosa de determinada cantidad de producto de una cosecha: por ejemplo, café o especias en las islas holandesas.) En otras palabras, el cultivador típico no era libre o estaba sometido a una coacción política. El típico terrateniente era el propietario de un vasto territorio casi feudal (hacienda, finca, estancia) o de una plantación de esclavos. La economía característica de la posesión casi feudal era primitiva y autolimitada, o, en todo caso, regida por las demandas puramente regionales: la América española exportaba productos de minería, también extraídos por los indios —virtualmente siervos—, pero apenas nada de productos agrícolas. La economía característica de la zona de plantaciones de esclavos, cuyo centro estaba en las islas del Caribe, a lo largo de las costas septentrionales de América del Sur (especialmente en el norte del Brasil) y las del sur de los Estados Unidos, se basaba en la obtención de importantes cosechas de productos de exportación, sobre todo el azúcar, en menos extensión tabaco y café, colorantes y, desde el principio de la Revolución industrial, el algodón más que nada. Éste formaba por ello parte integrante de la economía europea y, a través de la trata de esclavos, de la africana. Fundamentalmente la historia de esta zona en el período de que nos ocupamos podría resumirse en la decadencia del azúcar y la preponderancia del algodón.

Al este de Europa occidental, más específicamente aún, al este de la línea que corre a lo largo del Elba, las fronteras occidentales de lo que hoy es Checoslovaquia, y que llegaban hasta el sur de Trieste, separando el Austria oriental de la occidental, estaba la región de la servidumbre agraria. Socialmente, la Italia al sur de la Toscana y la Umbría, y la España meridional, pertenecían a esta región; pero no Escandinavia (con la excepción parcial de Dinamarca y el sur de Suecia). Esta vasta zona contenía algunos sectores de cultivadores técnicamente libres: los colonos alemanes se esparcían por todas partes, desde Eslovenia hasta el Volga, en clanes virtualmente independientes en las abruptas montañas de Iliria, casi igualmente que los hoscos campesinos guerreros que eran los panduros y cosacos, que habían constituido hasta poco antes la frontera militar entre los cristianos y los turcos y los tártaros, labriegos independientes del señor o el Estado, o aquellos que vivían en los grandes bosques en donde no existía el cultivo en gran escala. En conjunto, sin embargo, el cultivador típico no era libre, sino que realmente estaba ahogado en la marea de la servidumbre, creciente casi sin interrupción desde finales del siglo xv o principios del xvi. Esto era menos patente en la región de los Balcanes, que había estado o estaba todavía bajo la directa administración de los turcos. Aunque el primitivo sistema agrario del prefeudalismo turco,

una rígida división de la tierra en la que cada unidad mantenía, no hereditariamente, a un guerrero turco, había degenerado en un sistema de propiedad rural hereditaria bajo señores mahometanos. Estos señores rara vez se dedicaban a cultivar sus tierras, limitándose a sacar lo que podían de sus campesinos. Por esa razón, los Balcanes, al sur del Danubio y el Sava, surgieron de la dominación turca en los siglos XIX y XX como países fundamentalmente campesinos, aunque muy pobres, y no como países de propiedad agrícola concentrada. No obstante, el campesino balcánico era legalmente tan poco libre como un cristiano, y de hecho tan poco libre como un campesino, al menos en cuanto concernía a los señores.

En el resto de la zona, el campesino típico era un siervo que dedicaba una gran parte de la semana a trabajos forzosos sobre la tierra del señor u otras obligaciones por el estilo. Su falta de libertad podía ser tan grande que apenas se diferenciara de la esclavitud, como en Rusia y en algunas partes de Polonia, en donde podían ser vendidos separadamente de la tierra. Un anuncio insertado en la *Gaceta de Moscú*, en 1801, decía: «Se venden tres cocheros, expertos y de buena presencia, y dos muchachas, de dieciocho y quince años, ambas de buena presencia y expertas en diferentes clases de trabajo manual. La misma casa tiene en venta dos peluqueros: uno, de veintiún años, sabe leer, escribir, tocar un instrumento musical y servir como postillón; el otro es útil para arreglar el cabello a damas y caballeros y afinar pianos y órganos». (Una gran proporción de siervos servían como criados domésticos; en Rusia eran por lo menos el 5 por 100.)<sup>5</sup> En la costa del Báltico —la principal ruta comercial con la Europa occidental—, los siervos campesinos producían grandes cosechas para la exportación al oeste, sobre todo cereales, lino, cáñamo y maderas para la construcción de barcos. Por otra parte, también suministraban mucho al mercado regional, que contenía al menos una región accesible de importancia industrial y desarrollo urbano: Sajonia, Bohemia y la gran ciudad de Viena. Sin embargo, gran parte de la zona permanecía atrasada. La apertura de la ruta del mar Negro y la creciente urbanización de Europa occidental, y principalmente de Inglaterra, acababan de empezar hacía poco a estimular las exportaciones de cereales del cinturón de tierras negras rusas, que serían casi la única mercancía exportada por Rusia hasta la industrialización de la URSS. Por ello, también el área servil oriental puede considerarse, lo mismo que la de las colonias ultramarinas, como una «economía dependiente» de Europa occidental en cuanto a alimentos y materias primas.

Las regiones serviles de Italia y España tenían características económicas similares, aunque la situación legal de los campesinos era distinta. En términos generales, había zonas de grandes propiedades de la nobleza. No es imposible que algunas de ellas fueran en Sicilia y en Andalucía descendientes directos de los latifundios romanos, cuyos esclavos y *coloni* se convirtieron en los característicos labradores sin tierra de dichas regiones. Las grandes dehesas, los cereales (Sicilia siempre fue un riquísimo granero) y la extorsión de todo cuanto podía obtenerse del mísero campesinado, producían las rentas de los grandes señores a los que pertenecían.

El señor característico de las zonas serviles era, pues, un noble propietario y cultivador o explotador de grandes haciendas, cuya extensión produce vértigos a la imaginación: Catalina la Grande repartió de unos cuarenta a cincuenta mil siervos entre sus favoritos; los Radziwill, de Polonia, tenían propiedades mayores que la mitad de Irlanda; los Potocki poseían millón y medio de hectáreas en Ucrania; el conde húngaro Esterhazy (patrón de Haydn) llegó a tener más de dos millones. Las propiedades de decenas de miles de hectáreas eran numerosas.<sup>6</sup> Aunque descuidadas y cultivadas con procedimientos primitivos muchas de ellas, producían rentas fabulosas. El grande de España podía —como observaba un visitante francés de los desolados estados de la casa de Medina-Sidonia— «reinar como un león en la selva, cuyo rugido espantaba a cualquiera que pudiera acercarse»,<sup>7</sup> pero no estaba falto de dinero, igualando los amplios recursos de los milores ingleses.

Además de los magnates, otra clase de hidalgos rurales, de diferente magnitud y recursos económicos, expoliaba también a los campesinos. En algunos países esta clase era abundantísima, y, por tanto, pobre y descontenta. Se distinguía de los plebeyos principalmente por sus privilegios sociales y políticos y su poca afición a dedicarse a cosas —como el trabajo— indignas de su condición. En Hungría y Polonia esta clase representaba el 10 por 100 de la población total, y en España, a finales del siglo XVIII, la componían medio millón de personas, y en 1827 equivalía al 10 por 100 de la total nobleza europea;<sup>8</sup> en otros sitios era mucho menos numerosa.

#### IV

Socialmente, la estructura agraria en el resto de Europa no era muy diferente. Esto quiere decir que, para el campesino o labrador, cualquiera que poseyese una finca era un «caballero», un miembro de la clase dirigente, y viceversa: la condición de noble o hidalgo (que llevaba aparejados privilegios sociales y políticos y era el único camino para acceder a los altos puestos del Estado) era inconcebible sin una gran propiedad. En muchos países de Europa occidental el orden feudal implicado por tales maneras de pensar estaba vivo políticamente, aunque cada vez resultaba más anticuado en lo económico. En realidad, la misma obsolescencia que hacía aumentar las rentas de los nobles y los hidalgos a pesar del aumento de precios y de gastos, hacía a los aristócratas explotar cada vez más su posición económica inalienable y los privilegios de su nacimiento y condición. En toda la Europa continental los nobles expulsaban a sus rivales de origen más modesto de los cargos provechosos dependientes de la corona: desde Suecia, en donde la proporción de oficiales plebeyos bajó del 66 por 100 en 1719 (42 por 100 en 1700) al 23 por 100 en 1780,<sup>9</sup> hasta Francia, en donde esta «reacción feudal» precipitaría la revolución. Pero incluso en donde había en algunos aspectos cierta flexibilidad, como en Francia, en que el ingreso en la nobleza territorial era relativamente fácil, o como en Inglaterra, en donde la condición de noble y propietario se al-

canzaba como recompensa por servicios o riquezas de otro género, el vínculo entre gran propiedad rural y clase dirigente seguía firme y acabó por hacerse más cerrado.

Sin embargo, económicamente, la sociedad rural occidental era muy diferente. El campesino había perdido mucho de su condición servil en los últimos tiempos de la Edad Media, aunque subsistieran a menudo muchos restos irritantes de dependencia legal. Los fundos característicos hacía tiempo que habían dejado de ser una unidad de explotación económica convirtiéndose en un sistema de percibir rentas y otros ingresos en dinero. El campesino, más o menos libre, grande, mediano o pequeño, era el típico cultivador del suelo. Si era arrendatario de cualquier clase, pagaba una renta (o, en algunos sitios, una parte de la cosecha) al señor. Si técnicamente era un propietario, probablemente estaba sujeto a una serie de obligaciones respecto al señor local, que podían o no convertirse en dinero (como la obligación de vender su trigo al molino del señor), lo mismo que pagar impuestos al príncipe, diezmos a la Iglesia y prestar algunos servicios de trabajo forzoso, todo lo cual contrastaba con la relativa exención de los estratos sociales más elevados. Pero si estos vínculos políticos se hubieran roto, una gran parte de Europa habría surgido como un área de agricultura campesina; generalmente una en la que una minoría de ricos campesinos habría tendido a convertirse en granjeros comerciales, vendiendo un permanente sobrante de cosecha al mercado urbano, y en la que una mayoría de campesinos medianos y pequeños habría vivido con cierta independencia de sus recursos, a menos que éstos fueran tan pequeños que les obligaran a dedicarse temporalmente a otros trabajos, agrícolas o industriales, que les permitieran aumentar sus ingresos.

Sólo unas pocas comarcas habían impulsado el desarrollo agrario dando un paso adelante hacia una agricultura puramente capitalista, principalmente en Inglaterra. La gran propiedad estaba muy concentrada, pero el típico cultivador era un comerciante de tipo medio, granjero-arrendatario que operaba con trabajo alquilado. Una gran cantidad de pequeños propietarios, habitantes en chozas, embrollaba la situación. Pero cuando ésta cambió (entre 1760 y 1830, aproximadamente), lo que surgió no fue una agricultura campesina, sino una clase de empresarios agrícolas —los granjeros— y un gran proletariado agrario. Algunas regiones europeas en donde eran tradicionales las inversiones comerciales en la labranza —como en ciertas zonas de Italia y los Países Bajos—, o en donde se producían cosechas comerciales especializadas, mostraron también fuertes tendencias capitalistas, pero ello fue excepcional. Una excepción posterior fue Irlanda, desgraciada isla en la que se combinaban las desventajas de las zonas más atrasadas de Europa con las de la proximidad a la economía más avanzada. Un puñado de latifundistas absentistas, parecidos a los de Sicilia y Andalucía, explotaban a una vasta masa de pequeños arrendatarios cobrándoles sus rentas en dinero.

Técnicamente, la agricultura europea era todavía, con la excepción de unas pocas regiones avanzadas, tradicional, a la vez que asombrosamente ineficiente. Sus productos seguían siendo los más tradicionales: trigo, centeno,

cebada, avena y, en Europa oriental, alforfón, el alimento básico del pueblo; ganado vacuno, lanar, cabrío y sus productos, cerdos y aves de corral, frutas y verduras y cierto número de materias primas industriales como lana, lino, cáñamo para cordaje, cebada y lúpulo para la cervecería, etc. La alimentación de Europa todavía seguía siendo regional. Los productos de otros climas eran rarezas rayanas en el lujo, con la excepción quizá del azúcar, el más importante producto alimenticio importado de los trópicos y el que con su dulzura ha creado más amargura para la humanidad que cualquier otro. En Gran Bretaña (reconocido como el país más adelantado) el promedio de consumo anual por cabeza en 1790 era de 14 libras. Pero incluso en Gran Bretaña el promedio de consumo de té *per capita* era 1,16 libras, o sea, apenas dos onzas al mes.

Los nuevos productos importados de América o de otras zonas tropicales habían avanzado algo. En la Europa meridional y en los Balcanes, el maíz (cereal indio) estaba ya bastante difundido —y había contribuido a asentar a los campesinos nómadas en sus tierras de los Balcanes—, y en el norte de Italia el arroz empezaba a hacer progresos. El tabaco se cultivaba en varios países, más como monopolio del gobierno para la obtención de rentas, aunque su consumo era insignificante en comparación con los tiempos modernos: el inglés medio de 1790 que fumaba, tomaba rapé o mascaba tabaco no consumía más de una onza y un tercio por mes. El gusano de seda se criaba en numerosas regiones del sur de Europa. El más importante de esos nuevos productos —la patata— empezaba a abrirse paso poco a poco, excepto en Irlanda, en donde su capacidad alimenticia por hectárea, muy superior a la de otros, la había popularizado rápidamente. Fuera de Inglaterra y los Países Bajos, el cultivo de los tubérculos y forrajes era excepcional, y sólo con las guerras napoleónicas empezó la producción masiva de remolacha azucarera.

El siglo XVIII no supuso, desde luego, un estancamiento agrícola. Por el contrario, una gran era de expansión demográfica, de aumento de urbanización, comercio y manufactura, impulsó y hasta exigió el desarrollo agrario. La segunda mitad del siglo vio el principio del tremendo, y desde entonces ininterrumpido, aumento de población, característico del mundo moderno: entre 1755 y 1784, por ejemplo, la población rural de Brabante (Bélgica) aumentó en un 44 por 100.<sup>10</sup> Pero lo que originó numerosas campañas para el progreso agrícola, lo que multiplicó las sociedades de labradores, los informes gubernamentales y las publicaciones propagandísticas desde Rusia hasta España, fue, más que sus progresos, la cantidad de obstáculos que dificultaban el avance agrario.

## V

El mundo de la agricultura resultaba perezoso, salvo quizá para su sector capitalista. El del comercio y el de las manufacturas y las actividades técnicas e intelectuales que surgían con ellos era confiado, animado y expansivo,

así como eficientes, decididas y optimistas las clases que de ambos se beneficiaban. El observador contemporáneo se sentía sorprendidísimo por el vasto despliegue de trabajo, estrechamente unido a la explotación colonial. Un sistema de comunicaciones marítimas, que aumentaba rápidamente en volumen y capacidad, circundaba la tierra, beneficiando a las comunidades mercantiles de la Europa del Atlántico Norte, que usaban el poderío colonial para despojar a los habitantes de las Indias Orientales<sup>11</sup> de sus géneros, exportándolos a Europa y África, en donde estos y otros productos europeos servían para la compra de esclavos con destino a los cada vez más importantes sistemas de plantación de las Américas. Las plantaciones americanas exportaban por su parte en cantidades cada vez mayores su azúcar, su algodón, etc., a los puertos del Atlántico y del mar del Norte, desde donde se redistribuían hacia el este junto con los productos y manufacturas tradicionales del intercambio comercial este-oeste: textiles, sal, vino y otras mercancías. Del oriente europeo venían granos, madera de construcción, lino (muy solicitado en los trópicos), cáñamo y hierro de esta segunda zona colonial. Y entre las economías relativamente desarrolladas de Europa —que incluían, hablando en términos económicos, las activas comunidades de pobladores blancos en las colonias británicas de América del Norte (desde 1783, los Estados Unidos de América)— la red comercial se hacía más y más densa.

El *nabab* o indiano, que regresaba de las colonias con una fortuna muy superior a los sueños de la avaricia provinciana; el comerciante y armador, cuyos espléndidos puertos —Burdeos, Bristol, Liverpool— habían sido construidos o reconstruidos en el siglo, parecían los verdaderos triunfadores económicos de la época, sólo comparables a los grandes funcionarios y financieros que amasaban sus caudales en el provechoso servicio de los estados, pues aquella era la época en la que el término «oficio provechoso bajo la corona» tenía un significado literal. Aparte de ellos, la clase media de abogados, administradores de grandes fincas, cerveceros, tenderos y algunas otras profesiones que acumulaban una modesta riqueza a costa del mundo agrícola, vivían unas vidas humildes y tranquilas, e incluso el industrial parecía poco más que un pariente pobre. Pues aunque la minería y la industria se extendían con rapidez en todas partes de Europa, el mercader (y en Europa oriental muy a menudo también el señor feudal) seguía siendo su verdadero director.

Por esta razón, la principal forma de expansión de la producción industrial fue la denominada sistema doméstico, o *putting-out system*, por la cual un mercader compraba todos los productos del artesano o del trabajo no agrícola de los campesinos para venderlo luego en los grandes mercados. El simple crecimiento de este tráfico creó inevitablemente unas rudimentarias condiciones para un temprano capitalismo industrial. El artesano, vendiendo su producción total, podía convertirse en algo más que un trabajador pagado a destajo, sobre todo si el gran mercader le proporcionaba el material en bruto o le suministraba algunas herramientas. El campesino que también tejía podía convertirse en el tejedor que tenía también una parcelita de tierra. La especialización en los procedimientos y funciones permitió dividir la vieja artesanía



o crear un grupo de trabajadores semiexpertos entre los campesinos. El antiguo maestro artesano, o algunos grupos especiales de artesanos o algún grupo local de intermediarios, pudieron convertirse en algo semejante a subcontratistas o patronos. Pero la llave maestra de estas formas descentralizadas de producción, el lazo de unión del trabajo de las aldeas perdidas o los suburbios de las ciudades pequeñas con el mercado mundial, era siempre alguna clase de mercader. Y los «industriales» que surgieron o estaban a punto de surgir de las filas de los propios productores eran pequeños operarios a su lado, aun cuando no dependieran directamente de aquél. Hubo algunas raras excepciones, especialmente en la Inglaterra industrial. Los forjadores, y otros hombres como el gran alfarero Josiah Wedgwood, eran personas orgullosas y respetadas, cuyos establecimientos visitaban los curiosos de toda Europa. Pero el típico industrial (la palabra no se había inventado todavía) seguía siendo un suboficial más bien que un capitán de industria.

No obstante, cualquiera que fuera su situación, las actividades del comercio y la manufactura florecían brillantemente. Inglaterra, el país europeo más próspero del siglo XVIII, debía su poderío a su progreso económico. Y hacia 1780, todos los gobiernos continentales que aspiraban a una política racional fomentaban el progreso económico y, de manera especial, el desarrollo industrial, pero no todos con el mismo éxito. Las ciencias, no divididas todavía como en el académico siglo XIX en una rama superior «pura» y en otra inferior «aplicada», se dedicaban a resolver los problemas de la producción: los avances más sorprendentes en 1780 fueron los de la química, más estrechamente ligada por la tradición a la práctica de los talleres y a las necesidades de la industria. La gran *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert no fue sólo un compendio del pensamiento progresista político y social, sino también del progreso técnico y científico. Pues, en efecto, la convicción del progreso del conocimiento humano, el racionalismo, la riqueza, la civilización y el dominio de la naturaleza de que tan profundamente imbuido estaba el siglo XVIII, la Ilustración, debió su fuerza, ante todo, al evidente progreso de la producción y el comercio, y al racionalismo económico y científico, que se creía asociado a ellos de manera inevitable. Y sus mayores paladines fueron las clases más progresistas económicamente, las más directamente implicadas en los tangibles adelantos de los tiempos: los círculos mercantiles y los grandes señores económicamente ilustrados, los financieros, los funcionarios con formación económica y social, la clase media educada, los fabricantes y los empresarios. Tales hombres saludaron a un Benjamin Franklin, impresor y periodista, inventor, empresario, estadista y habilísimo negociante, como el símbolo del futuro ciudadano, activo, razonador y autoformado. Tales hombres, en Inglaterra, en donde los hombres nuevos no tenían necesidades de encarnaciones revolucionarias transatlánticas, formaron las sociedades provincianas de las que brotarían muchos avances científicos, industriales y políticos. La Sociedad Lunar (Lunar Society) de Birmingham, por ejemplo, contaba entre sus miembros al citado Josiah Wedgwood, al inventor de la máquina de vapor, James Watt, y a su socio Matthew Boulton, al químico Priestley, al bió-

logo precursor de las teorías evolucionistas Erasmus Darwin (abuelo de un Darwin más famoso), al gran impresor Baskerville. Todos estos hombres, a su vez, pertenecían a las logias masónicas, en las que no contaban las diferencias de clase y se propagaba con celo desinteresado la ideología de la Ilustración.

Es significativo que los dos centros principales de esta ideología —Francia e Inglaterra— lo fueran también de la doble revolución; aunque de hecho sus ideas alcanzaron mucha mayor difusión en sus fórmulas francesas (incluso cuando éstas eran versiones galas de otras inglesas). Un individualismo secular, racionalista y progresivo dominaba el pensamiento «ilustrado». Su objetivo principal era liberar al individuo de las cadenas que le oprimían: el tradicionalismo ignorante de la Edad Media que todavía proyectaba sus sombras sobre el mundo; la superstición de las Iglesias (tan distintas de la religión «natural» o «racional»); de la irracionalidad que dividía a los hombres en una jerarquía de clases altas y bajas según el nacimiento o algún otro criterio desatinado. La libertad, la igualdad —y luego la fraternidad— de todos los hombres eran sus lemas. (En debida forma serían también los de la Revolución francesa.) El reinado de la libertad individual no podría tener sino las más beneficiosas consecuencias. El libre ejercicio del talento individual en un mundo de razón produciría los más extraordinarios resultados. La apasionada creencia en el progreso del típico pensador «ilustrado» reflejaba el visible aumento en conocimientos y técnica, en riqueza, bienestar y civilización que podía ver en torno suyo y que achacaba con alguna justicia al avance creciente de sus ideas. Al principio de su siglo, todavía se llevaba a la hoguera a las brujas; a su final, algunos gobiernos «ilustrados», como el de Austria, habían abolido no sólo la tortura judicial, sino también la esclavitud. ¿Qué no cabría esperar si los obstáculos que aún oponían al progreso los intereses del feudalismo y la Iglesia fuesen barridos definitivamente?

No es del todo exacto considerar la Ilustración como una ideología de clase media, aunque hubo muchos «ilustrados» —y en política fueron los más decisivos— que consideraban irrefutable que la sociedad libre sería una sociedad capitalista.<sup>12</sup> Pero, en teoría, su objetivo era hacer libres a todos los seres humanos. Todas las ideologías progresistas, racionalistas y humanistas están implícitas en ello y proceden de ello. Sin embargo, en la práctica, los jefes de la emancipación por la que clamaba la Ilustración procedían por lo general de las clases intermedias de la sociedad —hombres nuevos y racionales, de talento y méritos independientes del nacimiento—, y el orden social que nacería de sus actividades sería un orden «burgués» y capitalista.

Por tanto, es más exacto considerar la Ilustración como una ideología revolucionaria, a pesar de la cautela y moderación política de muchos de sus paladines continentales, la mayor parte de los cuales —hasta 1780— ponían su fe en la monarquía absoluta «ilustrada». El «despotismo ilustrado» suponía la abolición del orden político y social existente en la mayor parte de Europa. Pero era demasiado esperar que los *anciens régimes* se destruyeran a sí mismos voluntariamente. Por el contrario, como hemos visto, en algunos

aspectos se reforzaron contra el avance de las nuevas fuerzas sociales y económicas. Y sus ciudadelas (fuera de Inglaterra, las Provincias Unidas y algún otro sitio en donde ya habían sido derrotados) eran las mismas monarquías en las que los moderados «ilustrados» tenían puestas sus esperanzas.

## VI

Con la excepción de Gran Bretaña (que había hecho su revolución en el siglo XVII) y algunos estados pequeños, las monarquías absolutas gobernaban en todos los países del continente europeo. Y aquellos en los que no gobernaban, como Polonia, cayeron en la anarquía y fueron absorbidos por sus poderosos vecinos. Los monarcas hereditarios por la gracia de Dios encabezaban jerarquías de nobles terratenientes, sostenidas por la tradicional ortodoxia de las iglesias y rodeadas por una serie de instituciones que nada tenían que las recomendará excepto un largo pasado. Ciertamente que las evidentes necesidades de la cohesión y la eficacia estatal, en una época de vivas rivalidades internacionales, habían obligado a los monarcas a doblegar las tendencias anárquicas de sus nobles y otros intereses, y crearse un aparato estatal con servidores civiles, no aristocráticos en cuanto fuera posible. Más aún, en la última parte del siglo XVIII, estas necesidades y el patente éxito internacional del poder capitalista británico llevaron a esos monarcas (o más bien a sus consejeros) a intentar unos programas de modernización económica, social, intelectual y administrativa. En aquellos días, los príncipes adoptaron el sobrenombre de «ilustrados» para sus gobiernos, como los de los nuestros, y por análogas razones, adoptan el de «planificadores». Y como en nuestros días, muchos de los que lo adoptaron en teoría hicieron muy poco para llevarlo a la práctica, y algunos de los que lo hicieron, lo hicieron movidos menos por un interés en las ideas generales que para la sociedad suponían la «ilustración» o la «planificación», que por las ventajas prácticas que la adopción de tales métodos suponía para el aumento de sus ingresos, riqueza y poder.

Por el contrario, las clases medias y educadas con tendencia al progreso consideraban a menudo el poderoso aparato centralista de una monarquía «ilustrada» como la mejor posibilidad de lograr sus esperanzas. Un príncipe necesitaba de una clase media y de sus ideas para modernizar su régimen; una clase media débil necesitaba un príncipe para abatir la resistencia al progreso de unos intereses aristocráticos y clericales sólidamente atrincherados.

Pero la monarquía absoluta, a pesar de ser modernista e innovadora, no podía —y tampoco daba muchas señales de quererlo— zafarse de la jerarquía de los nobles terratenientes, cuyos valores simbolizaba e incorporaba, y de los que dependía en gran parte. La monarquía absoluta, teóricamente libre para hacer cuanto quisiera, pertenecía en la práctica al mundo bautizado por la Ilustración con el nombre de *feudalidad* o feudalismo, vocablo que luego popularizaría la Revolución francesa. Semejante monarquía estaba dispuesta a utilizar todos los recursos posibles para reforzar su autoridad y sus rentas

dentro de sus fronteras y su poder fuera de ellas, lo cual podía muy bien llevarla a mimar a las que eran, en efecto, las fuerzas ascendentes de la sociedad. Estaba dispuesta a reforzar su posición política enfrentando a unas clases, fundos o provincias contra otros. Pero sus horizontes eran los de su historia, su función y su clase. Difícilmente podía desear, y de hecho jamás la realizaría, la total transformación económica y social exigida por el progreso de la economía y los grupos sociales ascendentes.

Pongamos un ejemplo. Pocos pensadores racionalistas, incluso entre los consejeros de los príncipes, dudaban seriamente de la necesidad de abolir la servidumbre y los lazos de dependencia feudal que aún sujetaban a los campesinos. Esta reforma era reconocida como uno de los primeros puntos de cualquier programa «ilustrado», y virtualmente no hubo soberano desde Madrid hasta San Petersburgo y desde Nápoles hasta Estocolmo que en el cuarto de siglo anterior a la Revolución francesa no suscribiera uno de estos programas. Sin embargo, las únicas liberaciones verdaderas de campesinos realizadas antes de 1789 tuvieron lugar en pequeños países como Dinamarca y Saboya, o en las posesiones privadas de algunos otros príncipes. Una liberación más amplia fue intentada en 1781 por el emperador José II de Austria, pero fracasó frente a la resistencia política de determinados intereses y la rebelión de los propios campesinos para quienes había sido concebida, quedando incompleta. Lo que aboliría las relaciones feudales agrarias en toda Europa central y occidental sería la Revolución francesa, por acción directa, reacción o ejemplo, y luego la revolución de 1848.

Existía, pues, un latente —que pronto sería abierto— conflicto entre las fuerzas de la vieja sociedad y la nueva sociedad «burguesa», que no podía resolverse dentro de las estructuras de los regímenes políticos existentes, con la excepción de los sitios en donde ya habían triunfado los elementos burgueses, como en Inglaterra. Lo que hacía a esos regímenes más vulnerables todavía era que estaban sometidos a diversas presiones: la de las nuevas fuerzas, la de la tenaz y creciente resistencia de los viejos intereses y la de los rivales extranjeros.

Su punto más vulnerable era aquel en el que la oposición antigua y nueva tendían a coincidir: en los movimientos autonomistas de las colonias o provincias más remotas y menos firmemente controladas. Así, en la monarquía de los Habsburgo, las reformas de José II hacia 1780 originaron tumultos en los Países Bajos austríacos —la actual Bélgica— y un movimiento revolucionario que en 1789 se unió naturalmente al de Francia. Con más intensidad, las comunidades blancas en las colonias ultramarinas de los países europeos se oponían a la política de sus gobiernos centrales, que subordinaba los intereses estrictamente coloniales a los de la metrópoli. En todas partes de las Américas —española, francesa e inglesa—, lo mismo que en Irlanda, se produjeron movimientos que pedían autonomía —no siempre por regímenes que representaban fuerzas más progresivas económicamente que las de las metrópolis—, y varias colonias la consiguieron por vía pacífica durante algún tiempo, como Irlanda, o la obtuvieron por vía revolucionaria, como los Estados

Unidos. La expansión económica, el desarrollo colonial y la tensión de las proyectadas reformas del «despotismo ilustrado» multiplicaron la ocasión de tales conflictos entre los años 1770 y 1790.

La disidencia provincial o colonial no era fatal en sí. Las sólidas monarquías antiguas podían soportar la pérdida de una o dos provincias, y la víctima principal del autonomismo colonial —Inglaterra— no sufrió las debilidades de los viejos regímenes, por lo que permaneció tan estable y dinámica a pesar de la revolución americana. Había pocos países en donde concurrieran las condiciones puramente domésticas para una amplia transferencia de los poderes. Lo que hacía explosiva la situación era la rivalidad internacional.

La extrema rivalidad internacional —la guerra— ponía a prueba los recursos de un Estado. Cuando era incapaz de soportar esa prueba, se tambaleaba, se resquebrajaba o caía. Una tremenda serie de rivalidades políticas imperó en la escena internacional europea durante la mayor parte del siglo XVIII, alcanzando sus períodos álgidos de guerra general en 1689-1713, 1740-1748, 1756-1763, 1776-1783 y sobre todo en la época que estudiamos, 1792-1815. Este último fue el gran conflicto entre Gran Bretaña y Francia, que también, en cierto sentido, fue el conflicto entre los viejos y los nuevos regímenes. Pues Francia, aun suscitando la hostilidad británica por la rápida expansión de su comercio y su imperio colonial, era también la más poderosa, eminente e influyente y, en una palabra, la clásica monarquía absoluta y aristocrática. En ninguna ocasión se hace más manifiesta la superioridad del nuevo sobre el viejo orden social que en el conflicto entre ambas potencias. Los ingleses no sólo vencieron más o menos decisivamente en todas esas guerras excepto en una, sino que soportaron el esfuerzo de su organización, sostenimiento y consecuencias con relativa facilidad. En cambio, para la monarquía francesa, aunque más grande, más populosa y más provista de recursos que la inglesa, el esfuerzo fue demasiado grande. Después de su derrota en la guerra de los Siete Años (1756-1763), la rebelión de las colonias americanas le dio oportunidad de cambiar las tornas para con su adversario. Francia la aprovechó. Y naturalmente, en el subsiguiente conflicto internacional Gran Bretaña fue duramente derrotada, perdiendo la parte más importante de su imperio americano, mientras Francia, aliada de los nuevos Estados Unidos, resultó victoriosa. Pero el coste de esta victoria fue excesivo, y las dificultades del gobierno francés desembocaron inevitablemente en un período de crisis política interna, del que seis años más tarde saldría la revolución.

## VII

Parece necesario completar este examen preliminar del mundo en la época de la doble revolución con una ojeada sobre las relaciones entre Europa (o más concretamente la Europa occidental del norte) y el resto del mundo. El completo dominio político y militar del mundo por Europa (y sus prolongaciones ultramarinas, las comunidades de colonos blancos) iba a ser él produc-

to de la época de la doble revolución. A finales del siglo XVIII, en varias de las grandes potencias y civilizaciones no europeas, todavía se consideraba iguales al mercader, al marino y al soldado blancos. El gran Imperio chino, entonces en la cima de su poderío bajo la dinastía manchú (Ch'ing), no era víctima de nadie. Al contrario, una parte de la influencia cultural corría desde el este hacia el oeste, y los filósofos europeos ponderaban las lecciones de aquella civilización distinta pero evidentemente refinada, mientras los artistas y artesanos copiaban los motivos —a menudo ininteligibles— del Extremo Oriente en sus obras y adaptaban sus nuevos materiales (porcelana) a los usos europeos. Las potencias islámicas (como Turquía), aunque sacudidas periódicamente por las fuerzas militares de los estados europeos vecinos (Austria y sobre todo Rusia), distaban mucho de ser los pueblos desvalidos en que se convertirían en el siglo XIX. África permanecía virtualmente inmune a la penetración militar europea. Excepto en algunas regiones alrededor del cabo de Buena Esperanza, los blancos estaban confinados en las factorías comerciales costeras.

Sin embargo, ya la rápida y creciente expansión del comercio y las empresas capitalistas europeas socavaban su orden social; en África, a través de la intensidad sin precedentes del terrible tráfico de esclavos; en el océano Índico, a través de la penetración de las potencias colonizadoras rivales, y en el Oriente Próximo, a través de los conflictos comerciales y militares. La conquista europea directa ya empezaba a extenderse significativamente más allá del área ocupada desde hacía mucho tiempo por la primitiva colonización de los españoles y los portugueses en el siglo XVI, y los emigrados blancos en Norteamérica en el XVII. El avance crucial lo hicieron los ingleses, que ya habían establecido un control territorial directo sobre parte de la India (Bengala principalmente) y virtual sobre el Imperio mogol, lo que, dando un paso más, los llevaría en el período estudiado por nosotros a convertirse en gobernadores y administradores de toda la India. La relativa debilidad de las civilizaciones no europeas cuando se enfrentaran con la superioridad técnica y militar de Occidente estaba prevista. La que ha sido llamada «la época de Vasco de Gama», las cuatro centurias de historia universal durante las cuales un puñado de estados europeos y la fuerza del capitalismo europeo estableció un completo, aunque temporal —como ahora se ha demostrado—, dominio del mundo, estaba a punto de alcanzar su momento culminante. La doble revolución iba a hacer irresistible la expansión europea, aunque también iba a proporcionar al mundo no europeo las condiciones y el equipo para lanzarse al contraataque.